

Vivir en la pobreza

Araceli Damian\*

Morir ahogado o aplastado por un alud de tierra por habitar en una colonia marginal a orillas de un río o en un barranco puede volverse noticia en esta época de lluvias. Sin embargo, el costo de vivir en la incertidumbre o la insalubridad no se incluye generalmente en los estudios de pobreza.

La semana anterior (4/Julio/2005) inicié una reflexión sobre algunos factores que afectan seriamente las condiciones de vida de los pobres y que quedan ocultos en las cifras de pobreza. Esta reflexión fue motivada por la lectura del diario de Carolina María de Jesús, una pobre brasileña que relata su experiencia de vida en una favela a finales de la década de los cincuenta.

La crudeza de la forma de vida en la favela contrasta fuertemente con los relatos, realizados por algunos científicos sociales, en torno a la solidaridad y relativa armonía entre los habitantes de las colonias populares que llevaron a cabo procesos de invasión-consolidación en nuestro país en aquella época. No obstante, de acuerdo con algunas evidencias recientes, la situación de los pobres urbanos del México actual se asemeja más a la descrita por Carolina en su diario.

En un interesante trabajo realizado a finales de los noventa en un asentamiento pobre de Guadalajara, la antropóloga Rocío Enríquez describe la fragmentación social y la inseguridad que prevalece en este tipo de asentamientos (parte de sus resultados fueron publicados en *Comercio Exterior*, Vol 53, Núm. 6, Junio, 2003.)

Una de las mujeres entrevistadas por Enríquez afirma: “pos la verdá es que hay mucha desconfianza. Yo nomás saludo y hasta ahí, ya las gentes no confiamos. Y es que con tanto robo y tanto mariguanos una ya no sabe”. Carolina también describe el fenómeno de la inseguridad en la favela, donde los vecinos aprovechaban la noche, fiestas, o cualquier otra ocasión para despojar al vecino de sus exiguas propiedades. Después de un robo cerca de su choza, Carolina escribe “... y yo que quiero comprarme una máquina de coser –sería una cosa más de que preocuparme”.

Por la época en que escribe su diario, las drogas no aparecen en los relatos de Carolina. No obstante, las referencias al problema del alcoholismo son constantes:

niños que beben desde los nueve años de edad, otros que van borrachos a la escuela desde los doce, familias enteras (padres, abuelos, tíos, hijos, etc.) de alcohólicos. Estos relatos nos recuerdan las constantes noticias que aparecen en la actualidad sobre el aumento del consumo de drogas y alcohol en las zonas marginadas de nuestras ciudades. No obstante, vivir con miedo, en un ambiente de vicios y violencia, tampoco tiene precio en los estudios de pobreza.

La falta de tiempo para el descanso y la socialización debido a las precarias condiciones de vida son similares para los habitantes de los asentamientos pobres del Brasil de los años cincuenta y para los del México de finales del siglo XX. Rocío Enríquez nos dice: “los pobres urbanos actuales destinan cada hora del día a la sobrevivencia; no existen tiempos reales para la asociación y la gestión social del hábitat.” Carolina escribió: “cargando papel (para después venderlo), lavando ropa para los niños, estando todo el día en la calle, aún así siempre me faltan cosas.”

La situación de hambre de los pobres en Guadalajara no dista mucho de lo descrito por Carolina. Enríquez afirma “los pobres han sustituido varios alimentos básicos por sólo frijoles y tortillas. En muchos hogares se realiza una sola comida al día y ésta varía en tiempos y horarios de acuerdo con los ingresos logrados ese día”. El diario de Carolina está repleto de referencias al hambre, considero ilustrativo el siguiente pasaje: “esta mañana mis pensamientos fueron interrumpidos cuando escuché la voz del panadero ‘¡Aquí tiene! Pan fresco y listo para la hora de desayunar’... Nada sabe el panadero que aquí en la favela hay sólo unos cuantos que regularmente desayunan.”

Los relatos de Enríquez y de Carolina refuerzan mi convicción de la necesidad de utilizar métodos multidimensionales para estudiar la pobreza. La pobreza no es sólo cuestión de escasez de ingresos. Métodos como el de la medición integrada de la pobreza (MMIP, desarrollado por Julio Boltvinik), permiten tener una visión más amplia de las situaciones de pobreza, debido a que considera las carencias en diversos indicadores básicos (vivienda, educación, acceso a servicios de salud, tiempo libre, ingreso, entre otros).

Por supuesto, al considerar otras variables, además del ingreso, se modifica la cantidad de pobres resultante, así como la intensidad de sus carencias. Por ejemplo, el MMIP utiliza una línea de pobreza más alta que la oficial. No obstante, al medir la pobreza únicamente mediante ésta, en el 2002 habría tan solo siete millones de pobres más con respecto a la cifra oficial (59 contra 52 millones de pobres). En cambio, al incluir el resto de las variables del MMIP la diferencia aumenta considerablemente, el número de pobres llega a casi 73 millones. En futuras colaboraciones explicaré cómo este método pone en cifras otras dimensiones del sufrimiento de los pobres.

\*El Colegio de México, [adamian@colmex.mx](mailto:adamian@colmex.mx)